



Prisioneros en el campo de Montreuil-Bellay, en 1944. La imagen es de la colección de Jacques Sigot, publicada en la web de Kkriss Mirror.

Gitanos, el presagio de otras infamias

Artistas e intelectuales franceses alertan de la amnesia y los nuevos síntomas racistas ● La persecución a los romaníes antecedió a las dos guerras mundiales

MIGUEL MORA
Montreuil-Bellay

Montreuil-Bellay es un pueblo cercano a Saumur, una de las capitales de la provincia de Maine y Loira. Aquí habita desde hace siglos la vieja Francia, la Francia del terruño, la blanca Francia de la flor de lis que bebe vino embotellado hace medio siglo y come manteca y champiñones. Es la Francia que vota a Marine Le Pen, la Francia avara de Eugenia Grandet, la novela de Balzac; la belicosa Francia de la Escuela de Caballería y el Museo de los Tanques de Saumur. La Francia que lleva a sus hijos a escuelas integristas y obedece al *châtelain*, el señor del castillo, que manda más que los alcaldes.

En este feudo medieval del rey René plagado de almenas que parecen sacadas del juego Exín Castillos, sucedió hace 75 años una historia ejemplar o espantosa, según se mire. La historia avergonzó tanto a la gente que nadie habló de ella durante décadas.

El 6 de enero de 1940, el capitán republicano español Manuel K. Sesma, nacido en Fitero (Navarra), llegó a Montreuil-Bellay desde el campo de Gurs al mando de la Octava Sección de la 184ª Compañía de Trabajadores Españoles, formada por 250 personas. Sesma había salido de España en febrero de 1939. En 1983, el capitán le contó a Jacques Sigot, maestro de escuela e historiador local, que los españoles levantaron en seis meses 19 kilómetros de vía férrea "moviendo con las manos unas vías que pesaban 0,7 toneladas".

Aquel terreno iba a albergar al personal de un arsenal de pólvora, pero el avance alemán hizo cambiar de idea a los franceses, que en junio de 1940 ordenaron construir un campo de concentra-

ción para "individuos sin domicilio fijo, nómadas y extranjeros que tengan el tipo romaní". Los españoles solo tuvieron tiempo de levantar la cárcel subterránea, según cuenta Sesma en el libro de Sigot *Montreuil-Bellay, un campo de concentración durante la II Guerra Mundial*.

Entre el 8 de noviembre de 1941 y el 16 de enero de 1943, el

rra en blanco y negro la historia de Montreuil-Bellay.

Mirror, que ha venido desde su casa de Brézé en su Harley-Davidson, tenía sus razones para interesarse por el asunto. "Mi padre estuvo internado en un campo alemán durante la guerra. Se escapó de milagro, y yo empecé a dibujar su historia a los diez años. Luego supe que al lado de casa hubo un

antes de la ocupación", escribió la historiadora Marie Christine Hubert. "Ya en septiembre y octubre de 1939, la circulación de nómadas fue prohibida en varias provincias. Los gitanos de Alsacia y Lorena fueron expulsados en julio de 1940 hacia la zona libre".

Esos gitanos compartieron campos con los republicanos españoles en Argelès-sur-Mer, Barcarès o Rivesaltes antes de ser llevados en noviembre de 1942 al campo de Saliers (cerca de Arles), "especialmente creado por Vichy para los gitanos", recuerda Hubert.

La infamia no fue exclusiva del Loira, ni de Francia. El fantasma de la gitanofobia ha recorrido Europa en paralelo al antisemitismo y a la islamofobia desde hace diez siglos. El miedo al que viajaba en carromatos, duerme al raso y le canta a la luna es parte de las raíces —cristianas— de Europa.

Francia y Alemania, enemigos íntimos en tantas guerras, vivieron la misma obsesión al mismo tiempo. Ian Hancock, profesor de la Universidad de Texas, ha escrito que la cacería de gitanos en Alemania fue el primer anuncio de lo que vendría: "Durante la República de Weimar, que instauró la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la policía de Baviera y, después, la de Prusia, abrieron oficinas especiales para controlar a los gitanos. Los fotografiaban y tomaban sus huellas como si fueran delincuentes comunes. En 1920, se les prohibió entrar en los parques y los baños públicos. En 1925, fueron enviados a campos de trabajo. En 1935, los nazis rescataron leyes antigitanas de origen medieval para oprimirlos más".

Hoy, los gitanos son noticia —o rumor— por los mismos bulos y leyendas de hace 500 años: si tienen una hija rubia es porque ro-

ban niños. Si no, como dijo el ministro del Interior, Manuel Valls, es que "son culturalmente distintos y no se quieren integrar".

"Y pensar que yo voté en 2012 por los socialistas!", exclama Kkriss Mirror. "Da pena ver que el racismo antigitano sigue saliendo gratis y es rentable políticamente. Es lamentable porque los gitanos suelen ser la primera señal de alarma de que algo terrible va a pasar. Cuando los republicanos llegaron a Montreuil-Bellay, Francia no estaba en guerra y todavía no existía Vichy. Las leyes raciales las aprobó la III República. El decreto es del 6 de abril de 1940. Pero la primera ley racial del siglo XX se aprobó en 1912, dos años antes de la I Guerra Mundial. Y todavía sigue vigente".

El III Reich exigió a los gitanos cumplir un requisito que duplicaba el exigido a los judíos para clasificarlos como no arios: si dos de sus bisabuelos eran parcialmente gitanos, no podrían salvarse. A día de hoy, las cifras del Holocausto gitano —*Porrajmos*, la devoración, en caló— siguen siendo aproximativas, aunque según escribió Simon Wiesenthal a Elie Wiesel en 1984, "los gitanos fueron asesinados [en una proporción] similar a la de los judíos; en torno al 80% [murieron] en el área de países ocupados por los nazis".

Los datos de Hubert indican que "al menos 6.500 personas vivieron entre 1940 y 1946 en 30 campos de concentración franceses en razón de su pertenencia real o supuesta al pueblo gitano. Sus bienes fueron expropiados y sufrieron la mayor precariedad material y moral". En Montreuil, los vecinos pagaban entrada para verlos, cuenta Mirror en su libro.

Unos 6.500 gitanos vivieron en 30 campos de concentración galos

La gitanofobia ha recorrido Europa en paralelo al antisemitismo

Hubert: "Los niños recibían una educación católica en los campos. Y en casos extremos, eran separados de sus padres y entregados al Servicio Social o a instituciones religiosas para extraerlos definitivamente de un medio que se juzgaba pernicioso".

Como ha pasado hoy con la llegada de los socialistas al poder, la resistencia, la liberación y la paz no fueron de gran ayuda para los *tsiganes*. Los últimos estuvieron encerrados en el campo de Alliers, cerca de Angulema hasta mayo de 1946, nueve meses después de la Liberación.

Montreuil-Bellay había cerrado mucho antes, recuerda Kkriss Mirror: "Cuando trasladaron a los gitanos, el director del campo, un petainista convertido en resistente, decidió encerrar a las prostitutas de la zona y se puso a regentar el burdel. La epidemia de sífilis fue tan brutal que las mujeres de los pueblos exigieron que se cerrara el campo".



Víñeta del cómic *Tsiganes*, de Kkriss Mirror.

lugar se convirtió en el mayor campo de concentración de gitanos de Francia. Pero su historia permaneció silenciada hasta que Sigot descubrió las ruinas en los años ochenta. Los restos del campo son patrimonio nacional desde 2012. Pero no son nada fáciles de encontrar. Además de la cárcel subterránea, solo quedan los cimientos y el suelo de uno de los barracones, y tres tramos de escaleras. La cárcel tiene forma de cueva —troglodita, las llaman aquí— y en las rocas hay algunos nombres grabados: Duval, Reinhardt... "Quizá fueran primos del gran guitarrista Django Reinhardt", dice Kkriss Mirror, un dibujante de cómic y activista gitano nacido en Saumur, que en 2008 publicó el libro *Tsiganes*, que na-

campo de concentración, organizado no por alemanes sino por franceses. Y más tarde me enteré de que mis vecinos —el charcutero, el carpintero...— habían trabajado en él como guardianes. Entonces decidí hacer el libro".

Mirror es uno de los artistas que en 2010, como réplica a los ataques de Nicolas Sarkozy contra los romaníes, montaron una plataforma para rescatar la memoria de la persecución. El padrino fue el cineasta romaní Toni Gatlif (que narró la historia en películas como *Liberté* y *Latcho Drom*), y también colaboraron el autor de cómics Emmanuel Guibert y el fotógrafo Alain Keler, autores de *Un viaje entre gitanos*.

"En Francia las persecuciones de gitanos comenzaron mucho